

## EL CONCEPTO Y LA VALORACION DEL TRABAJO EN LA MENTE DE NUESTROS ALUMNOS DE ESCUELA

INTERÉS, OBJETO Y LÍMITES.

Entre la problemática que absorbe y limita la situación del hombre contemporáneo, nada más interesante que el complejo denominado *trabajo*. Pío XII, Pontífice de feliz memoria, ha llamado, con precisión certera, a estos tiempos nuevos sobre los que ya nos asentamos la «Era del trabajo».

Nada más justo, pues, que dedicar la debida atención a este problema, que tan de cerca afecta al ser del hombre. Y en concreto, ¿qué concepto tienen nuestros alumnos de Escuela sobre el trabajo y en qué grado valoran esta categoría del «homo faber»?

A tal hallazgo hemos de llegar por la vía de la *experimentación*.

Pero antes será útil despejar tres incógnitas previas:

1.<sup>a</sup> ¿Tiene el niño de nuestras escuelas capacidad suficiente como para poseer cierta idea —propia e impregnada de actitud— del trabajo? En los linderos de la adolescencia podemos sospechar que sí; antes sería problemático el afirmarlo. Creemos que en ese momento, y no antes, es cuando el pedagogo o el psicólogo pueden adentrarse con más seguridad en el fondo del muchacho en busca de sus ideas y valoraciones. Leta Holingworth señala entre las notas y problemática que apuntan en el adolescente «la estructuración de un punto de vista» (ideas propias); y Luella Cole lo confirma con aquellas otras de «madurez intelectual, crítica y filosofía de la vida».

2.<sup>a</sup> ¿Es posible bucear en el subconsciente del muchacho para emerger a la conciencia ese complejo inquirido? Nos parece que el método y técnica del cuestionario son aptos para tal objeto, siempre que se cumplan las condiciones fundamentales que todo

cuestionario —en su categoría de test— debe reunir<sup>1</sup>: validez, fiabilidad y estar tipificado; y siempre que se use con cuidado y se tengan en cuenta las limitaciones que impone. Como sucede frecuentemente, la validez del método depende en sí más de quien lo emplea y del modo de emplearlo que de su misma esencia.

3.<sup>a</sup> ¿Somos capaces de precisar el concepto del trabajo, objeto de nuestra investigación? Creemos que sí. Las notas siguientes son repetidas unánimemente por los teóricos de la cuestión: actividad — penosa — con las cosas de la naturaleza — mediante las fuerzas espirituales y corporales — para buscar el bien propio — y el de la sociedad — impuesta por Dios como servicio — y realizada voluntariamente en una profesión.

#### LA ENCUESTA: CONTENIDO Y CIRCUNSTANCIAS DE APLICACIÓN.

Hemos confeccionado el cuestionario sin ningún antecedente que nos sirviera de pauta tipificativa: no hemos encontrado ni conocemos estudios anteriores a este respecto. Si en algunas cuestiones hemos seguido la encuesta para los Colegios<sup>2</sup>, ha sido tan sólo con el fin de aunar esfuerzos y dar margen a la comparación.

Nuevos límites nos impone la falta de conocimiento del medio al que se ha aplicado la encuesta (posible criterio externo de validación) y la imposibilidad de aplicarla personalmente. Claro que tampoco hemos pretendido llegar al máximo de rigor científico. El objetivo es más modesto: dar margen al diálogo y preocupar al pedagogo en torno a la opinión que sobre el trabajo y su valoración puedan tener nuestros alumnos de escuela.

He aquí el contenido de la encuesta:

1. ¿Crees que el *trabajo* es alguna de las cosas que siguen?

Pon a la derecha de cada una SI o NO, según te parezca.

Una actividad (actividad es lo mismo que ocupación, oficio, quehacer) que produce beneficios a quien la realiza... Una actividad que contribuye a lograr el bienestar de los hombres (de la sociedad)... Una actividad que supone esfuerzo penoso y desagradable... Un castigo de Dios... Una actividad que transforma la materia prima (minerales, leche, etc.) en productos elaborados (cañones, barcos, mantequilla...)... Una actividad agradable que sirve para distraerse y ocupar el tiempo... Una obligación impuesta por Dios que no debemos dejar... Toda actividad de cualquier clase que sea, como jugar, comer, etc...

*Subraya* además las dos cosas que para ti indican mejor lo que es el trabajo y pon un 1 a la izquierda de la que mejor lo indica y un 2 a la izquierda de la siguiente.

<sup>1</sup> Cf. M. YELA, *Los tests*, Madrid, 1957.

<sup>2</sup> Cf. *infra* p. 71-77.

2. De las preguntas que van a continuación *escoge la mejor respuesta* a tu parecer, y escribe al fin de cada grupo, la letra correspondiente. Las preguntas se refieren al trabajo en general, no a una clase determinada de trabajo. ¿Qué te parece más conforme con la idea que tienes del trabajo:
- a) ¿Trabajar solo — b) Trabajar ayudado de otras personas?...
  - a) ¿Trabajar para el propio provecho — b) Para el bienestar de la familia — c) Para el bien de la sociedad?...
  - a) ¿El trabajo que necesita más de las fuerzas corporales — b) El que exige más el esfuerzo de la inteligencia?...
  - a) ¿Que los que mandan en la Nación busquen y distribuyan el trabajo entre los hombres — b) Que cada hombre se busque su propio trabajo?...
  - a) ¿Que cada hombre trabaje en lo que más le guste y para lo que tenga mejor preparación — b) Que trabaje en cualquier cosa con tal de que gane mucho dinero?...
  - a) ¿Tener un horario fijo de trabajo — b) Estar a merced de las circunstancias en el trabajo?...
  - a) Escoger una clase de trabajo de la misma categoría aproximadamente que la de los padres y familiares — b) Elegir un trabajo mucho mejor?...
  - a) ¿Dedicarse (a vuestra edad) únicamente al estudio — b) Estudiar y ayudar al mismo tiempo a los padres en su trabajo — c) Ayudar a los padres y dejar los estudios?...
3. A. ¿En cuál de las siguientes *profesiones* se realiza con más propiedad *tu idea de trabajo*: ingeniero, artista, profesor, sacerdote, obrero, gobernante, oficinista?
- Enuméralas —de más a menos—. Pon el núm. 1 a la que mejor lo indica; el 2, a la siguiente; y así sucesivamente hasta el 7.
- Explica por qué has elegido las dos primeras.
- Si tuvieras que añadir a las anteriores la profesión de *estudiante*, ¿en qué lugar la colocarías?
- B. ¿En qué orden colocarías esas mismas *profesiones* —incluyendo la de estudiante— si tuvieras en cuenta la *utilidad* o beneficio que proporcionan a la *sociedad*?
- ¿Por qué te parece que la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> elegidas por ti, proporcionan más beneficios a la sociedad? — Explica brevemente.
- C. ¿Qué profesiones de todas éstas, sin omitir la de estudiante, favorecen más la *vida espiritual* del que la ejerce?
- Enuméralas —de más a menos— hasta la última e indica a la derecha de las dos primeras y de las dos últimas por qué favorecen mucho o poco la vida espiritual.
4. Responde SI o NO a las preguntas siguientes:
- Si sabes hacerlo, explica a continuación de cada respuesta *por qué* has respondido de esa manera.
- ¿Te parece que es importante elegir bien la profesión que ocupará toda tu vida? ... ¿Por qué?
- ¿Tiene más obligaciones para con Dios y para con los demás el que desempeña una profesión importante que el que tiene un oficio de menos categoría? ... ¿Por qué?
- ¿Es el trabajo uno de los mejores medios para alabar a Dios y ganar méritos? ... Si crees que hay otros medios mejores, ponlos a continuación.
- ¿Te parece normal que un ingeniero gane mucho más que un obrero, teniendo en cuenta lo que trabaja cada uno? ... ¿Por qué?
- ¿Crees que el esfuerzo realizado por tu padre en su empleo corresponde al beneficio que saca de ese trabajo? ... ¿Por qué?
- ¿Crees que una de las causas principales de los disgustos en las familias es la falta de trabajo en el padre o el no estar contento con ese trabajo? ...

Como se ve, hemos dividido las cuestiones en cuatro apartados, que responden a un mismo tipo de respuestas cada uno. En la agrupación de aquéllas, saltamos sobre el orden lógico para facilitar a los alumnos las contestaciones.

El *sí* y el *no* de los apartados 1 y 4, así como las elecciones del apartado 2, pretenden ofrecer al niño una serie de caracteres que tienen algo que ver con el concepto de trabajo. De su elección, elección preferente o descarte, depende la idea y valoración que pueda tener del mismo.

Junto a estos modos directos de abordaje, se ha buscado el indirecto de las profesiones: apartado 3. Conviene aclarar que esta vía la hemos utilizado, además, como medio de validación o consistencia interna del cuestionario. Las tres perspectivas que, por medio de las profesiones, indagamos en el niño (idea del trabajo, su aspecto social, su dimensión religiosa) se encuentran ya diseminadas en los otros apartados.

El criterio seguido en la elección de las profesiones es el siguiente: las de *obrero*, *oficinista* e *ingeniero*, teniendo en cuenta las formas de trabajo en relación con las cosas y según el orden ascendente de categoría social y descendente en esfuerzo manual (teóricamente, es claro); *gobernante*, *sacerdote* y *profesor*, como formas rectoras y directivas en el mundo civil, religioso y cultural, respectivamente; *artista*, como creador de la belleza en sus distintas formas (y juzgamos que esta peculiaridad lo mismo puede mantenerse para el creador de arte plástico, que para el escritor, que —incluso— para el profesional del espectáculo); incluimos al *estudiante* como categoría específica del muchacho y en vistas a co-tejar en qué situación la pone con respecto a las demás.

Admitimos la mayor subjetividad de este método; mas creemos que sus ventajas compensan con holgura esta implícita imprecisión.

Hemos preferido la encuesta abierta por cuanto —aunque pierda rigor científico— nos permite ahondar más en la opinión de los muchachos y comprobar hasta qué punto han interpretado bien las diversas cuestiones.

Ghiselli recomienda tal sistema y García Yagüe<sup>3</sup> le señala estas ventajas: 1.<sup>a</sup> No rompe con la materia ni la prejuzga; la elección múltiple supone siempre una mutilación de la realidad, sacrificada a la utilidad subjetiva. Es tanto más grave esto cuanto mayor desconocimiento hay de la materia. 2.<sup>a</sup> Libertad de expresión, que permite manifestar factores afectivos de intensidad e interés. 3.<sup>a</sup> Menor sugestionabilidad de las preguntas; la técnica del «porqué»

<sup>3</sup> J. GARCÍA YAGÜE, *Cine y Juventud*, Madrid, 1953.

encara al informante consigo mismo. 4.<sup>a</sup> Mayor posibilidad de separar los protocolos faltos de sinceridad, ya que es más fácil mostrar la inconsecuencia de las respuestas, bien sea a una sola pregunta, bien a todo el contexto.

Antes de enviar la encuesta, escogimos una muestra como prueba (alumnos de segundo año de bachillerato), y pudimos comprobar que el cuestionario era algo dificultoso. Esto nos obligó a algunas rectificaciones y a buscar la edad competente.

Se mandaron 1.300 ejemplares a 32 centros de toda España. Respondieron 19 centros, con un total de 667 hojas, de las que hemos aprovechado 630. Las edades oscilan entre doce y dieciocho años, predominando los catorce años con cerca de 200 niños, y siguiendo trece y quince con más de 100 en cada grupo. La edad media es de 14,4 años.

Nos ha parecido útil hacer también el envío a un grupo de muchachos de la sección de aprendices —189— con el fin secundario de comparar los resultados con los de Primera Enseñanza y notar las posibles diferencias. Separadamente, la edad media de éstos es de 16,2 años, y la de los demás, de 13,7 años.

Apuntemos —antes de adentrarnos en el análisis de los resultados— que su interpretación es, naturalmente, relativa. Una elección preferente no significa descarte total de las otras alternativas. De aquí el haber especificado —en el apartado primero— junto a la elección, la posibilidad de asentir o no a las otras cuestiones.

Hemos dividido los resultados en dos grupos: Aprendices y Primera Enseñanza. En ambos calculamos los porcentajes prescindiendo de las abstenciones o de las hojas descartadas, y después de observar su correlación (no empleamos aquí el término en su rigor científico-estadístico), concluimos con una visión total.

## LOS RESULTADOS.

### 1. *Noción general del trabajo.*

En las distintas cuestiones del primer apartado de nuestra encuesta se repite la palabra *actividad*. Implícitamente, en las contestaciones del niño hay asentimiento a reconocer el trabajo como tal; pero ante la reincidencia de sus afirmaciones, cabría preguntar si trabajo y actividad no son para él especie única, y no la segunda género próximo del primero. Para dilucidar esta duda viene la última cuestión de ese apartado: «¿Crees que trabajo es toda actividad de cualquier clase, como jugar, comer, etc?»

Sin diferencia alguna, aprendices y alumnos de Primera Enseñanza responden que *sí* en un 37 por 100. Quiere esto decir que para las dos terceras partes de los muchachos, no toda actividad es un trabajo, si bien el trabajo es actividad.

Mayor luz nos da el porcentaje que resulta de las preferencias. De los 630 alumnos que a este respecto opinan, solamente uno pone esta definición como la que mejor responde a su idea del trabajo; cinco la sitúan en segundo lugar.

La conclusión es obvia: Se cuelga al trabajo un género próximo, actividad, pero no se confunde a ésta con aquél.

A algunos tal vez les parezca pueril este descubrimiento; mas creemos que sin tal base previa quedarían muy vaporosas todas las demás cuestiones que pudiéramos plantear al niño.

Ya situados en el género inmediato, nos toca ir buscando diferencias que separen el trabajo de otras actividades; mas, dada la dificultad de abordar directamente este cometido, torcemos por el método indirecto de las profesiones (apartado 3).

Partimos del principio de que el trabajo suele concretarse en una profesión determinada. Empleamos la encuesta abierta con el fin de inquirir los motivos de su elección y observar de cerca hasta qué punto han dado el debido alcance a las cuestiones.

Adelantemos —antes de proseguir— que donde se han notado más fallos de comprensión y subjetividad en los niños ha sido en esta parte. Por las explicaciones que la mayoría dan, parece que las respuestas de buen número de los alumnos primarios obedecen a gustos o a vivencias próximas. Los mayores —aprendices— se mantienen dentro de la objetividad mucho más fácilmente.

Veamos los resultados conseguidos <sup>4</sup>:

| Entre los aprendices: |      | Entre los de Primera Enseñanza: |      |
|-----------------------|------|---------------------------------|------|
| Obrero .....          | 30 % | Ingeniero .....                 | 30 % |
| Ingeniero .....       | 27 % | Sacerdote .....                 | 20 % |
| Sacerdote .....       | 16 % | Obrero .....                    | 17 % |
| Gobernante .....      | 16 % | Oficinista .....                | 17 % |
| Profesor .....        | 7 %  | Estudiante .....                | 12 % |
| Estudiante .....      | 7 %  | Gobernante .....                | 9 %  |
| Oficinista .....      | 3 %  | Profesor .....                  | 7 %  |
| Artista .....         | 3 %  | Artista .....                   | 6 %  |

<sup>4</sup> Únicamente se precisa el porcentaje de los que han elegido cada profesión como la que mejor responde a su idea de trabajo. Se aclara además que el tanto por ciento es sobre cada profesión aisladamente. De aquí que la suma vertical de porcentajes no corresponda al 100 por 100.

Prevalecen las profesiones de ingeniero, obrero y sacerdote. Distingamos: Los aprendices se inclinan a considerar al obrero como el que mejor responde a su idea del trabajo. Las razones que dan son varias, pero prevalecen especialmente las de que exige más esfuerzo corporal, supone más molestias, se está en más contacto con el trabajo, dureza, etc. Corrobora esta su opinión la respuesta que dan a la pregunta sobre si el trabajo exige más las fuerzas corporales que las de la inteligencia.

Los alumnos primarios se inclinan más por la profesión de ingeniero, apoyándose en que el trabajo intelectual puede conducir al agotamiento, en que es más completo, pues junta cultura con beneficio social, etc.

Ambos grupos, amén de coincidir en estas dos profesiones, también están acordes en elegir al sacerdote como arquetipo de su concepción (16 y 20 por 100). Aducen, sobre todo, argumentos a favor de su misión sublime, de los beneficios que a todos proporciona, del ejemplo que da, etc.

También gobernante y oficinista recaban un porcentaje relativo muy admisible: el 11 y 12 por 100, respectivamente. Son los aprendices quienes dan preeminencia al gobernante (16 por 100), y los de Primera Enseñanza, al oficinista (17 por 100).

Profesor y estudiante quedan en medio sin prelación; y acordes están todos en poner al artista en último lugar. Por las explicaciones que dan, parece ser que la mayor parte le relegan en atención a su aparente inutilidad. No cuenta, pues, para los niños el trabajo como creación, como creación artística. Posteriormente veremos confirmado esto mismo al detenernos en el trabajo como dimensión útil a la persona y a la sociedad.

*En resumen:* Existe cierta uniformidad en reconocer como profesiones que están más en el marco de su concepto del trabajo las que tienen algo que ver con el manejo de las cosas materiales; las que exigen mayor esfuerzo, ya físico, ya intelectual; y las que —según ellos— favorecen más el bien común y contribuyen a la utilidad propia y ajena. Ingeniero y obrero son estas profesiones.

Entre las profesiones de función directiva, sacerdote y gobernante les revelan cierta importancia (19 y 11 por 100); y son elegidas en cuanto las reconocen medio para favorecer a los demás. Dicen algunos: «Porque encierran la responsabilidad de buscar

trabajo a todos. Porque su deber es contribuir al bien de la Patria. Por su papel importante en la sociedad.»

Profesor y estudiante no tienen para ellos el alcance neto del trabajo. Del primero, sólo un porcentaje bajo alcanza su valor transmisivo cultural, y así lo apunta en sus opiniones.

Concluimos, pues, y confirmamos que esfuerzo físico o intelectual, utilidad propia o social, manejo y producción de bienes son las constantes que consideran con preferencia los alumnos.

## 2. *El trabajo como categoría personal y social* .

Las cuestiones una y dos del primer apartado exponen: «¿Crees que el trabajo es una actividad que produce beneficios a quien la realiza?»; «¿Una actividad que contribuye a lograr el bien de la sociedad?». Ambos conceptos entran en la mente de la mayoría: dicen que sí a la primera cuestión el 90 por 100 entre los aprendices, y el 98 por 100 de los de Primera Enseñanza; y a la segunda, el 94 y 92 por 100, respectivamente.

Notamos que el porcentaje con tendencia egocéntrica es un tanto superior en los alumnos más pequeños (98 por 100 contra 90 por 100), mientras que en la proyección social superan los aprendices (94 por 100 sobre 92 por 100). Una vez más, la experiencia nos dice que la infancia es más egocéntrica.

Pero los datos verdaderamente significativos, estadísticamente, son las elecciones preferentes. Para la mayoría, el trabajo es «actividad con carácter de utilidad social». El 36 por 100 lo ponen en primer lugar, y el 23 por 100, en el segundo, sin distinción de aprendices y Primera Enseñanza.

Inmediatamente después vienen los que lo consideran como «actividad útil al individuo». El 23 por 100, en el primer lugar, y el 15 por 100, en el segundo. Nos confirma este hallazgo las contestaciones a la cuestión 2 del apartado segundo. A la pregunta: «¿Qué te parece más conforme con tu idea del trabajo, trabajar para el propio provecho, para el bienestar de la familia o para el bien de la sociedad?», el 3 por 100 de aprendices y el 4 por 100 de los primarios prefieren la primera alternativa; el 56 y el 67 por 100, respectivamente, la segunda, y el 41 y 29 por 100, la tercera.

Las deducciones son simples. Apreciamos primeramente que en ambos grupos los porcentajes «sociedad-familia» se elevan considerablemente sobre el tono egoico. Advertimos, además, que en la Primera Enseñanza prevalece el bien familiar (67 por 100), mien-

tras que los aprendices se diferencian notoriamente en el aspecto social (41 por 100, frente al 29 por 100 de los otros).

Pensamos, pues, que —en principio— la familia es lo más inmediato y cercano al niño, y que más o menos explícitamente reconocen que trabajando por ella laboran por toda la sociedad.

Hay otro aspecto dentro de la dimensión que nos ocupa. A la cuestión «¿Crees que el trabajo es una actividad que transforma la materia prima en productos elaborados?», responden que sí el 81 por 100 de los aprendices, y el 74 por 100 de los otros. Se explica fácilmente esta diferencia.

Sin embargo, a la hora de elegir, queda esta faceta del trabajo pospuesta a otras varias. Sólo el 7 por 100 de los aprendices y el 4 por 100 de los primarios se inclinan a considerarla como la definición más atinada.

Buen síntoma sería éste si respondiera a una idea de humanización del trabajo, en contra de lo cual está hoy día la maquinización y automatismo de la industria.

Los resultados ahí están; la conclusión apuntada no podríamos asegurarla sin cierto temor a equivocarnos.

Añadamos a lo dicho el análisis de tres cuestiones más que se encaminan a un aspecto muy importante del trabajo: sus relaciones con la justicia.

Un 70 por 100 de los muchachos —tanto aprendices como primarios— piensan que es normal la diferencia de jornales entre el ingeniero y el obrero. Apoyan su afirmación en razones como ésta: «Porque tiene misión más complicada y de mayores responsabilidades. Porque hace más en beneficio de la empresa. Porque su trabajo es intelectual. Porque ha gastado más dinero en sus estudios y es natural que lo recupere...»

Las razones que aportan son de peso; pero por el modo de responder (en especial los que no están en ese 70 por 100) parece que no calan (acaso porque no lo han vivido) el matiz diferencia («ganar *mucho más*») que hemos insinuado en la cuestión.

Nos asegura en esta deducción el hecho de que el 70 por 100 de los muchachos de Primera Enseñanza afirmen que lo que gana su padre está en correspondencia con el esfuerzo que hace, y esto teniendo en cuenta la condición baja —en general— de los encuestados. Nos parece, pues, que aún no penetrán el alcance del trabajo en su relación con la justicia distributiva y conmutativa.

Los mayores —aprendices— no se sienten tan conformes. Uni-

camente el 37 por 100 dan el sí. (Acaso en esta cuestión es donde se diferencian más ambas apreciaciones.)

Finalmente, unos y otros están acordes en que una de las causas más importantes de las querellas familiares y sociales es la falta de jornal. Así opinan el 78 por 100.

Terminemos esta sección recogiendo la situación en que ponen las profesiones según el punto de vista de la utilidad social. Sorprende la coincidencia que se da entre los dos grupos.

Un 30 por 100 de ambos grupos colocan al sacerdote en el primer puesto; un 22 y 23 por 100, respectivamente, al gobernante; el 18 por 100 de los aprendices, al obrero, y el 17 por 100, al ingeniero. De los primarios, el 31 por 100, al ingeniero, y el 14 por 100, al obrero. Las demás profesiones quedan en un porcentaje muy bajo. Y, por supuesto, el artista, en último lugar.

Deducimos que vuelven a dar su importancia, como vimos en la sección anterior, al ingeniero y al obrero. A esto hay que añadir que son, precisamente, dos funciones directivas las que ocupan la preeminencia: sacerdote y gobernante. Las razones en que apoyan su aserto vienen a resumirse así: «Porque de ellos depende el orden y bienestar colectivos. Porque su misión especial es buscar el bien de todos. Porque ayudan a los hombres a llevar con gusto y paciencia la vida.»

Confirmamos, pues, una vez más, el carácter de utilidad social que acentúan en sus preferencias y argumentaciones.

### 3. *El trabajo en su dimensión social y religiosa.*

A la pregunta «¿Crees que el trabajo es una obligación impuesta por Dios que no debemos dejar?», el 75 por 100 de los aprendices y alumnos primarios —no hay diferencias— responden que sí. No son mayoría aplastante quienes reconocen la mano de Dios en la imposición del trabajo, pero sí los suficientes para que su parecer tenga valor significativo.

Entre las elecciones preferentes, un 16 por 100 de aprendices y un 13 por 100 de primarios juzgan este concepto como el más atinado para definir el trabajo. Relativamente es un porcentaje muy bueno. Sólo los que consideran aquél como actividad que produce beneficios a la sociedad (36 por 100) o a la persona (23 por 100) aventajan a éstos. Las cinco definiciones restantes están por debajo de éstas.

Ello nos inclina a suponer la creencia en el niño de que el

trabajo es más de orden natural que divino-positivo. Hemos de trabajar porque las necesidades de la vida así lo exigen; mas estas necesidades son limitaciones con las que Dios ha recortado la naturaleza humana; luego —*in extremis*— de Dios procede esta obligación. No creemos que esto sea alambicar las cosas. Los tonos «castigo», «pena» o «satisfacción» acompañantes del trabajo no cuentan como esenciales para el niño (6 y 4 por 100). Hay que trabajar porque así lo exige la vida, es decir, Dios; prescindiendo de que el trabajo sea penoso o grato. La noción no puede ser más pura.

Hasta aquí, el trabajo procede de Dios. Preguntamos ahora: «¿Es el trabajo uno de los mejores medios para alabar a Dios y ganar méritos?», es decir, ¿ha de orientarse el trabajo hacia Dios? El 94 por 100 de aprendices y el 85 por 100 de los primarios responden afirmativamente. Placentero y optimista es este resultado; pero —de hecho—, ¿hacen los niños, y aun los hombres, del trabajo medio para alabar a Dios?

Cuestionados acerca de otros caminos más eficaces para llegar a Dios, coinciden en orientarse por las prácticas piadosas, la ascesis y la caridad: «Oír misa, recibir los sacramentos, hacer mortificaciones, ayudar a los necesitados...»

Vemos, pues, que los alumnos responden según principios sanos, aunque tal vez no están muy ordenados en su proyección concreta.

En resumen, reconocen que el trabajo de Dios viene y a Dios ha de enderezarse como medio de santificación. Pero, «¿Tiene más obligaciones para con Dios y para con los demás el que desempeña una profesión importante que el que tiene un oficio de menos categoría?» El 50 por 100 dice que sí, y el otro 50 por 100, que no. Resultado éste que no nos permite afirmar con cierta garantía si el muchacho tiene idea exacta de la noción de responsabilidad.

Aprovechando la encuesta abierta, vemos que los que dicen *no* se apoyan, casi unánimemente, en aquello de que todos somos iguales ante Dios y, por lo mismo, las obligaciones son idénticas. Los que dicen *sí* vienen a explicar que es debido a la mayor responsabilidad. Creemos —en conclusión— que a este respecto es bastante lo que debe hacer el educador. La noción de responsabilidad ha de ser para el muchacho algo sagrado. La trascendencia de un proceder malo en quien es más responsable por su cargo no puede desdeñarse bajo ningún concepto.

Siguiendo la línea de nuestra investigación, nos parece oportuno e importante mentar, en esta misma sección, el concepto de

vocación. Entre elegir una profesión para la que se siente gusto y disposición o cualquiera otra, con tal de ganar mucho dinero, son mayoría los que prefieren lo primero, con marcada superioridad por parte de los aprendices (93 por 100 sobre el 72 por 100 de los primarios). No hay duda —por estos resultados— de que más o menos explícitamente, nuestros alumnos entienden la importancia y conveniencia de situarse en la vida del trabajo en conformidad con esa vocación o llamada que viene a ser el destino de cada cual en este mundo. Mucho es, pues, que así lo entiendan; mas —podemos preguntarnos, como anteriormente—, ¿responden sus afanes a este concepto..., y tratamos nosotros, educadores, de favorecerles y orientarles en tal sentido?

Completemos este análisis a través de las profesiones. El 83 y 86 por 100, respectivamente, ponen en primer lugar al sacerdote porque su vida está totalmente entregada a las cosas de Dios.

Ante este nivel tan alto, apenas hay entrada para las demás profesiones. Estudiante, obrero y profesor son las siguientes en el porcentaje de los aprendices, con el 4, 3 y 1 por 100, respectivamente. Los alumnos primarios colocan en segundo y tercer lugar las de ingeniero y obrero (7 y 5 por 100).

El porcentaje absoluto es como sigue:

|                 |      |                  |     |
|-----------------|------|------------------|-----|
| Sacerdote ..... | 83 % | Estudiante ..... | 4 % |
| Ingeniero ..... | 4 %  | Profesor .....   | 2 % |
| Obrero .....    | 4 %  | Oficinista ..... | 2 % |
|                 |      | Artista .....    | 1 % |

Aparte del sacerdote, quedan otra vez en buen lugar el ingeniero y el obrero; con la particularidad de que son también muchos los que colocan a éste en el último lugar (22 por 100). Entienden, pues, que esta profesión bien llevada es uno de los medios mejores para servir a Dios, pero que en la práctica resulta bastante difícil.

Artista, como siempre, queda en el último lugar, y también bastante bajo la de gobernante. Aseguran esto apoyándose en que fácilmente abusan del poder a cuenta de los demás, aseveración que les sitúa un poco lejos —en buena hora— de quienes anulan toda moral en el político.

En síntesis: Los alumnos aprecian la dimensión humana y religiosa del trabajo, pero no dan fácil entrada a esta última en todo el campo de la profesionalidad.

#### 4. Trabajo y sicología.

Con el título que encabeza este apartado nos desviamos —al parecer— de nuestro cometido, que no consiste tanto en observar las reacciones del muchacho ante el trabajo cuanto en descubrir qué idea y valoración tiene del mismo. En modo alguno, afirmamos.

En efecto, las ideas que sobre las cosas pueda tener el niño —y hasta los mismos adultos— responden más al complejo de lo que llamamos talante (*pathos*), carácter (*ethos*) o medio ambiente, que a puros hallazgos especulativos. No desbordamos la investigación si nos adentramos por estos caminos. Si *pathos* o talante es el modo de enfrentarse, por naturaleza, con la realidad, y si *ethos* o carácter es el modo de enfrentarse, por hábito, con esta misma realidad<sup>5</sup>, fácil es comprender lo dificultoso que resulta para un niño disociar su mentalidad de este bagaje inalienable de temperamento y carácter. Si, amén de ello, las circunstancias del trabajo que él realiza o ve realizar están teñidas de tales o cuales factores penosos o agradables, la conclusión se nos viene a la mano.

Nada, pues, más justo que permitirnos esta aparente desviación. Hasta casi pudiéramos decir que nuestras conquistas anteriores no han escapado a esta misma peculiaridad.

En este sentido, tres características ponemos en primer lugar a la consideración del niño: ¿Es el trabajo algo penoso y desagradable?, ¿es un castigo de Dios?, ¿es una actividad agradable que sirve para distraerse?

A la primera pregunta responden que sí el 48 por 100 de los aprendices y el 45 por 100 de los otros. Aproximadamente la mitad ven el trabajo como penoso, y la otra mitad, no.

Confirman la sinceridad de esta actitud las respuestas a la tercera pregunta, con balance aproximadamente igual al anterior: el 45 por 100 de los aprendices y el 37 por 100 de los demás califican el trabajo como actividad agradable.

Los resultados de la segunda pregunta —castigo de Dios— siguen idéntica línea: un porcentaje total del 56 por 100 asiente.

En las elecciones preferentes son muy bajos los porcentajes. Sólo el 6 por 100 creen que la mejor definición del trabajo sería considerarlo como algo penoso; el 7 por 100 lo coloca en segundo lugar. Apenas hay diferencias entre aprendices y primarios.

Los que le consideran como algo agradable tampoco pasan del

---

<sup>5</sup> J. L. LÓPEZ ARANGUREN, *Ética*, p. 291.

4 por 100. No ocurre lo mismo respecto a los que se declaran por el trabajo como castigo: llegan hasta el 12 por 100.

Ante tales resultados —para nosotros altamente significativos— cabe concluir: El hecho de que sean tantos aproximadamente los que vean en el trabajo actividad penosa como los que lo vean agradable confirma nuestro supuesto de que estas notas (pena-gusto) no son para el niño algo esencial a la naturaleza del trabajo, sino concomitantes en su realización según el *pathos*, *ethos* o ambiente influyente que domine en el *homo faber* (aquí, el niño). El mismo hecho de ser muy pocos —6 y 4 por 100— los que definirían el trabajo con esas notas como constitutivas lo confirma.

De aquí, pues, la necesidad, en el educador, de formar el espíritu ascético del muchacho, para que, por encima de la carga afectiva más o menos dispuesta a sentir el peso del trabajo, vea la conveniencia de cumplir con la obligación de trabajar.

Sigamos nuestro estudio. ¿Es preferible trabajar solo o en colaboración? El 28 por 100 (aprendices) y el 35 por 100 (primarios) prefieren trabajar solos; el resto, en colaboración. Predomina, pues, el trabajo en colaboración, si bien el porcentaje está más cerca del punto medio en los pequeños. Aquí cabría teorizar sobre la importancia y necesidad de comprender esta colaboración humana que tan en la esencia la lleva el hombre (animal social, de Aristóteles), pero creemos que huelga cargar las tintas: la edad es el mejor maestro a tal respecto.

En la cuestión cuatro del mismo apartado se dice: «¿Que los que mandan en una nación busquen y distribuyan el trabajo, o que cada hombre se lo busque por su cuenta?» El 59 por 100 (aprendices) y el 52 por 100 (primarios) prefieren lo primero. ¿Será influencia o mentalidad socializadora?, ¿será comodidad?, ¿serán deseos de justicia distributiva?

Ante el dilema de elegir para la vida una clase de trabajo igual o superior a la condición social de la familia o del medio en que viven, el 91 por 100 (aprendices) se inclina por una posición superior; los alumnos de Enseñanza Primaria se quedan en el 77 por 100. El porcentaje es acusadamente elevado, sobre todo en los primeros; sin embargo, por referencias que nos han sugerido, parece ser que en la práctica los muchachos apenas se esfuerzan para superar obstáculos y lanzarse a la conquista de eso que en el balance anterior parecen desear.

Es éste un punto —en parte— fuera de tema; mas su impor-

tancia es notoria para precisar si el lucro, el impulso natural a la superación y bienestar, u otro móvil, son los que arrastran al muchacho. Indiscutiblemente, estas tonalidades afectivas podrían mancillar o sublimar el concepto que del trabajo pudieran formarse.

Si, continuando en esta línea, preguntamos a los niños qué preferirían: dedicarse sólo al estudio, o estudiar y ayudar a sus padres trabajando, o dejar los estudios para trabajar, el 85 por 100 (en ambos grupos) se inclinan por lo segundo: estudiar y ayudar en el trabajo a sus padres. Sólo el 8 y el 6 por 100 anteponen, respectivamente, lo primero a lo último.

Nos inclinamos a creer que —a este respecto— contestan más por el ideal que por lo que sienten o realizan. Mal nos explicaríamos que, con tal idea en la mente, procedieran luego descuidando notoriamente lo único que de hecho llevan a cabo: estudiar. Si esto es así —y aun contando con la debilidad de la naturaleza humana, mayor todavía en el niño—, nos parece que sería justo hacerles caer en la cuenta de la realidad. Estudiar preparándose para el mañana sería el mejor medio de ayudar a los padres; sólo ante urgente necesidad podríamos aceptar que al estudio se juntase el trabajo o que incluso se suprimiera el primero.

Falta en esto orientación, como falta en aquello de ocuparse más del muchacho en orden al futuro. En algunas escuelas, llegados los niños a cierta edad, se les retira sin más, o bien se marchan ellos, para no hacer nada hasta que encuentren cualquier cosa donde trabajar. No es éste el sentido pleno de la educación.

Concluimos con un nuevo aspecto: el horario fijo o a merced de las circunstancias. El 97 por 100 de los aprendices y el 88 por 100 de los primarios optan por el horario fijo; por esto señalan y admiran, como vimos, la abnegación del sacerdote y gobernante, que han de estar a merced de los demás y de las circunstancias.

#### SÍNTESIS.

Hemos llegado al final de nuestra investigación. Fieles al propósito de no precipitarnos en conclusiones categóricas, hemos dejado que los datos hablasen por sí mismos. Ahí están, como base de nuevos hallazgos y prestos a ulteriores enmiendas.

En síntesis, esto es lo conquistado: Todos los cuestionados reconocen que el trabajo es una *actividad*, si bien no opinan que toda actividad sea trabajo.

Aparte del placer o disgusto que el *esfuerzo* en sí pueda suponer, ven en éste uno de sus caracteres, y ello tanto en el orden físico como en el intelectual.

No disimulan sus inclinaciones por el matiz utilitario. El trabajo es una actividad que contribuye al bien de la *familia* (el mayor porcentaje, 64 por 100), al bien de la *sociedad* (32 por 100) o al *bien propio* (4 por 100).

Apuntan en la elección de profesiones —como elemento igualmente importante— el manejo y *contacto con las cosas* materiales; pero sin exagerar el factor de automatismo deshumanizador.

Se acercan, pues, a una *valoración humana* del trabajo y reconocen la obligatoriedad del mismo, señalando su *principio y fin en Dios*. Confirma esta última opinión el hecho de que muestren tendencia a reconocer el trabajo más como *vocación* que como medio de lucro y vida cómoda (93 y 72 por 100).

En los puntos claves —actividad, que supone esfuerzo, con las cosas, para el bien propio o ajeno (sociedad, familia), con su base y objeto en Dios— están acordes la mayoría. No tanto en otros aspectos más o menos relacionados con los anteriores.

En efecto, son tantos los que piensan en la *igualdad de obligaciones* —por encima de la forma de trabajo— como los que opinan lo contrario. Ocurre lo mismo a propósito del trabajo como categoría de un *régimen centralista* o bien como dimensión exclusivamente personal.

No tienen idea muy clara del trabajo en sus relaciones con la *justicia social*.

En general, se inclinan por *el ideal*, sobrepasando fácilmente los límites de la realidad concreta: aspiran a un régimen de trabajo de *más categoría* que el de su medio; prefieren *trabajar y asistir a clase*, en vez de una de ambas cosas; relegan su profesión de *estudiante* y no vislumbran el carácter potencial de la misma.

No muestran preferencias por el tono agradable o penoso que pudiera acompañar al trabajo; unos acentúan lo *molesto* (45 por 100), y otros, lo *agradable* (39 por 100); mas son muy pocos los que consideran estos matices como esenciales al trabajo (5 por 100).

Como colofón a esta somera síntesis, hacemos notar que en los puntos esenciales son muy pocas las diferencias de opinión entre aprendices y alumnos primarios. En otros pormenores —los últimos mencionados, por ejemplo— se diferencian más. Son de apre-

ciar igualmente las razones en que apoyan sus asertos, más objetivas en los primeros que en los otros.

A la vista de estos resultados —demasiado halagüeños, por cierto— se plantea una pregunta ineludible: ¿no parece que a un concepto y valoración del trabajo semejantes no corresponde, ni remotamente, la práctica cotidiana de nuestros alumnos?

Personalmente, razonaría así: es muy distinto el mundo de lo ideal del mundo de lo real. El niño suele vivir en el primero; aún no ha llegado en muchos órdenes de la vida a chocar con la realidad; sólo cuando las cosas le ofrezcan resistencia adquirirá noción clara de lo que son. Mientras tanto, vive en un mundo mítico, y es muy fácil que al inquirirle por algo, responda más por «el debe ser» que por «el es» (entendidos noéticamente).

Resulta, pues, que a lo que el niño responde no es tanto a una idea propia madurada y vivida, sino a lo oído de los más próximos (familia, profesores).

De aquí que al no ser su idea algo vivido, no tenga fuerza suficiente a la hora de la verdad. Con razón decía Ortega que sólo cuando vivimos una idea tiene para nosotros valor absoluto y nos parece situada fuera de la línea histórica.

Se argüirá que la naturaleza humana es débil y que por esto frecuentemente la práctica no responde a los principios; cierto; mas también es verdad que si las ideas se hicieran vivas mediante una actualización acomodada al momento psicológico de cada sujeto, su eficacia sería mucho mayor.

Por otra parte, puede existir en Moral —y, por lo mismo, en nuestra obra educadora— una propensión marcada a conservar los principios por encima de la práctica, lo cual conduce a cierta atomización de la vida, perjudicial para lo que aquí nos ocupa.

Por lo hallado a través de este estudio derivamos a conclusiones inmediatas, aunque de carácter bastante general, convencidos de que la minimización de estas conclusiones es función de las variables que ofrezca cada ambiente y circunstancias particulares.

#### CONCLUSIONES.

1.<sup>a</sup> Convenimos en la necesidad de *instruir* a los niños en orden a los principios fundamentales de la vida cristiana, como base imprescindible para levantar sobre ella su mundo de trabajo y —específicamente— su mundo profesional; mas creemos que, como

cada tipo de problemas exige cierta madurez previa en el sujeto, sería poco útil adelantarnos a dicha maduración.

Postulamos, por estas razones, que, llegados los niños a los últimos años de escuela, se les den instrucciones particulares relacionadas con la problemática del trabajo, especialmente en sus dimensiones humana, social y cristiana. Apuntamos, por ello, la conveniencia de cierta especialización en los profesores.

2.<sup>a</sup> Pedimos, además, que a una ideología sana corresponda un *ambiente propicio* y la mejor *disposición psicológica* en el sujeto.

El educador debe —por su comportamiento habitual— disponer ese ambiente y ese estado de ánimo: que el alumno le vea llevar el trabajo de su vocación con la alegría y satisfacción de quien labora por Dios y por el prójimo.

El modo de entonar la clase, la orientación de los textos y hasta el mejor reparto de ocios y descansos pueden ser otros tantos golpes de buril que dispongan ambiente y ánimo a la adquisición de hábitos de trabajo.

El espíritu de colaboración, la mutua comprensión en el hacer común, la abnegación y entrega..., he aquí otras tantas vías propicias para la misma finalidad.

3.<sup>a</sup> Consideramos sumamente útil la ayuda directa a los alumnos —mediante la *orientación profesional*— para que encuentren la mejor senda a su vida de trabajo (vocación).

Hemos de sentir, para remediarlo, el abandono en que hasta ahora solían hallarse los discípulos a este respecto. Precisamos ocuparnos de este problema con el interés y apremio que postula.

Y ponemos punto final. Sepamos mostrar a los alumnos la fuente viva de donde procede toda gracia y al Guía Fiel que nos abrió y allanó el camino con su ejemplo: Jesús, el humilde trabajador de Nazaret.

DONATO E. FRAILE, F.S.C.